

LIBROS Y NOTICIAS

«TORRE PACHECHO» DE LUIS MANZANARES PEREZ.—Decía Alfonso Daudet, el sugestivo y amable escritor meridional francés, en el prefacio de sus encantadoras *Lettres de mon moulin*, que existen extrañas afinidades entre nosotros y las cosas. Cuando estas son las íntimas y cotidianas que nos circundaron antaño o aún nos rodean, dejando huella tierna y perdurable en nuestra memoria y nuestro afecto, su evocación sentida viene a ser como las propias andaderas de la autobiografía, y sobre ellas se proyecta la sombra creciente y variable de nuestra existencia que gustamos renovar en sus impresiones y avatares, haciendo una sincera extroversión de nuestras ideas, recuerdos y sentimientos, cuyo interés y encanto dependen tanto de ellos, en su vagorosa e íntima realidad, cuanto del modo literario y personal de exponerlos.

Matizar y dar interés a esos relatos y confidencias es lo que el mismo Daudet llamó, con frase gráfica, *moudre des petites histoires*; y es lo que ahora ha ensayado el fino e ilustradísimo escritor y crítico de arte, comprovinciano nuestro y profesor en Madrid, Luis Manzanares, en el libro *Torre Pacheco*, que acaba de editar, y que dedica a su modesto y campesino pueblo, enriqueciendo con él la bibliografía localista y regional de Levante, que tenía buenos brotes en Miró, Baroja y Azorín, nombres venerandos literariamente.

El tomo de más de doscientas páginas, ilustradas algunas con viñetas a pluma hechas en su juventud por el autor del bello texto, es un amenísimo recordatorio, una visión enamorada e ingenua del apacible sitio donde se meció su cuna y transcurrió su infancia y adolescencia. Son las reseñas breves, insinuadas, los apuntes casi, de historias menudas e intrascendentes, pero que tienen una exquisita y subida valoración subje-

tiva e íntima. Con la sensibilidad de un poeta y la gracia de un cuentista moderno va el autor historiando en estampas de una prosa a la vez elegante y sencilla, rica en emoción, paisajes, lugares, casas, tipos personales bien retratados y modelados, detalles del ambiente de primeros de siglo en la villa natal agrícola y tranquila, y en sus soleados alrededores que tienen la vastedad y el oro mediterráneo de todo el campo espartano, apretado de mieses y cebadales, de algarrobos y almendros, bajo una luz cegadora.

El recorrido—a veces casi lírico—por los rincones y proximidades, ante los edificios vernáculos y las personas de respeto, ascendiente o popularidad (magníficos diseños los del maestro y el boticario) da ocasión a reflejar variadas y particulares reminiscencias que al autor absorben y al lector deleitan y parecen inspiradas en aquellas *Canciones del regreso*, de Villacpesa:

*Otra vez en tu tierra, ¡oh peregrino!
Cada piedra un recuerdo en mí despierta.*

Y con la impresión de los lugares y paisajes, va mezclada también la sensación cronológica del pasado y de los hombres y costumbres de ese pasado, aunque vivido, ya tan remoto... Y así aparecen y se disipan, se asoman y borran en los capítulos del libro múltiples figuras y tradiciones y ritos del pueblo que dió nombre, con sus haciendas, a un Marquesado.

Difícil es sopesar los méritos y cualidades sobresalientes de los diversos cuadritos literarios del volumen, y más aún señalar objetivamente los que están mejor trazados; a pesar de que se haya abierto encuesta para expresar cuál haya gustado más a determinados lectores literariamente preparados. Yo prefiero la segunda mitad, a la que pertenecen aquellos artículos como los de *Entre mis amigos los cipreses*, *La banda de música*, *Las elecciones*, etc.

En una sagaz y elogiosa crítica de *Torre Pacheco*, un ingenio de las letras murcianas, Ballester, ha calificado de *azoriniano* el libro de Manzanares que comentamos. Es ciertamente afortunado el epíteto; pero la prosa y los libros de impresiones de vida levantina del maestro Martínez Ruiz son más fríos y objetivos, aun siendo tersos y maravillosos. *Torre Pacheco* tiene un dejo entre melancólico y apasionado que le acerca un

poco más al autor de *Años y leguas*, salvadas las distancias y los enfoques.

Creemos con varios críticos que la delicada obrita de Luis Manzanares merece, por sus quilates psicológicos y prosísticos, el eco que viene alcanzando desde su publicación.—*Andrés Sobejano*.

JULIAN ANDUGAR EN LA CÁTEDRA «SAAVEDRA FAJARDO».—El poeta murciano Julián Andúgar ha ofrecido recientemente en la Cátedra «Saavedra Fajardo» una lectura antológica de su poesía publicada e inédita.

Tras situar y comentar brevemente cada uno de sus libros y señalar su evolución, Andúgar leyó diversos poemas de «Entre la piedra y Dios» (1947), «La soledad y el encuentro» (1951), «Denuncio por escrito» (1957) y «Perdidos en la guerra», inédito aún.

Por la acertada selección de los poemas y la personal lectura de los mismos, este acto literario resultó de un gran interés y reveló, una vez más, la autenticidad y hondura expresiva de este buen poeta murciano que es Julián Andúgar.

En los mismos días en que tal acto se celebraba en la Cátedra «Saavedra Fajardo» aparecía en los escaparates de las librerías murcianas el último libro de Andúgar, «Denuncio por escrito», publicado en la colección «Agora» que dirige en Madrid Concha Lagos, en muy bella edición, espléndidamente ilustrada por los pintores murcianos Pedro Flores y Eloy Moreno.

Aun incidiendo en una línea poética social y doloridamente humana, el libro de Andúgar se salva, en buena parte, de los peligros que a tal tipo de poesía suele acechar continuamente: la demagogia, el aspaviento efectista y la fragilidad temporal del contenido. Andúgar sabe cantar al pueblo sin gesticulaciones excesivas y con un convincente tono popular que encuentra su justa expresión en la, posiblemente, más bella parte del libro, la titulada «Canciones y alabanzas», que para nuestro gusto contiene algunas de las mejores páginas poéticas que Andúgar ha escrito hasta hoy, con un hábil manejo del verso corto, de los ritmos de seguidilla, tratados con una delicadeza y una autenticidad tales que nos traen al recuerdo una feliz época de la poesía de Alberti, sin que esto suponga apuntar ninguna influencia o parentesco, ya que el verso, el decir de Andúgar tiene acento muy propio y recio.

«ESTAMPAS MURCIANAS» DE LUIS GARAY.—El Patronato de Cultura de la Excm. Diputación de Murcia, acaba de publicar el libro *Estampas murcianas* (Premio «Baquero Almansa» 1955), del tan querido y llorado Luis Garay.

La edición—bella, cuidada, con unos sencillos y gratos dibujos de José María Párraga y una reproducción en color de un buen óleo del propio Garay—lleva al frente un emocionado prólogo de Juan Torres Fontes, en el que éste recuerda una lectura que Garay dió de sus *Memorias*, hace años ya, en el aula pequeña de la Cátedra «Saavedra Fajardo».

De tales *Memorias* se recogen en este libro, justamente premiado por la Diputación murciana, unas cuantas cuartillas, bastantes pero no todas las que desearía el lector, las suficientes, de todas formas, para comprobar nuevamente la extraordinaria gracia narrativa, la poderosa personalidad literaria del gran artista murciano que fué Luis Garay.

Desde un *Breve ensayo estético de la Torre*, realmente prodigioso, a unas amenas páginas sobre *El arte de imprimir*, el libro de Garay pasa revista a un repertorio de importantes temas murcianos, entre ellos los teatros y teatrillos de la ciudad, artistas y escritores locales, etc.

Para MONTEAGUDO que contó siempre a Luis Garay entre sus más queridos y admirados colaboradores, la publicación de este libro tiene caracteres de acontecimiento en la historia de la literatura murciana contemporánea.

«LA SENCILLA PALABRA» DE FRANCISCO SANCHEZ BASTIDA.—En una cuidada edición, con un poema-prólogo de Martín Iniesta y una ágil viñeta de Ceferino, Francisco Sánchez Bastida nos ha dado a conocer, recientemente, una colección de bien contruídos sonetos, más un titulado «Poema olvidado», repartidos los primeros en «Cinco Trípticos».

En estos sonetos sorprende advertir una concepción bastante moderna de tal esquema métrico, unida a una cierta añeja tonalidad romántica en la arquitecturación del mismo y sobre todo en la disposición sintáctica. Hay una estructuración expresiva prácticamente repetida en todos o casi todos los sonetos, cerrados por un último endecasílabo que es como un grito enmarcado entre signos de admiración.

En la poesía de Sánchez Bastida late una grata pretensión de senci-

lez, de cordialidad en las palabras, las dedicatorias y la temática que comunican a su libro un acento muy humano y muy sincero, merecedor de elogio.

PREMIOS «MIRO» Y «ARNICHES».—El Excmo. Ayuntamiento de Alicante acaba de convocar los terceros Premios Nacionales, 1958, de Novela y de Teatro, «Gabriel Miró» y «Carlos Arniches», respectivamente.

Cada premio está dotado con 50.000 pesetas, pudiendo los concursantes presentar cuantas obras originales e inéditas deseen.

El plazo de admisión para ambos concursos se cerrará el día 15 de abril de 1958. Los originales habrán de remitirse, en triple copia, a la Secretaría del Excmo. Ayuntamiento de Alicante.

Las bases detalladas de ambos concursos se encuentran en la Cátedra «Saavedra Fajardo», a disposición de quienes deseen consultarlas.